

SEMBLANZA DE PRIETO: La opinión de Otaño

Ya que hemos empezado a hacer público el material de que disponemos de la correspondencia entre Otaño y Prieto, no estará de más aportar algunos otros fragmentos.

Traslado aquí las impresiones, mejor, juicios de Otaño sobre el padre Prieto, sin omitir algún otro aspecto que entra en lo más cotidiano y humano. Como se podrá ver, sin desmentir la caracterización que Manero hizo de Otaño y que se desprendía, igualmente, de la selección de textos del propio jesuita que leímos anteriormente, aparecerá aquí la otra cara del padre, mucho más atractiva, mucho más bondadosa. Están tomados de la ya referida carta del 16 de febrero de 1934. Vaya, pues, adelante la semblanza del padre Prieto artista.

Ramón Cubillas

«Amadísimo P. Prieto: Ayer tarde llegué a casa saliendo de Santander a las 2. Gracias a Dios, me ha sentado muy bien esta salida y no he sentido la más leve molestia ni fatiga. Me vi con Morales y me varió un poco el plan para fortalecerme y hasta para engordar.

»Lo primero que hago, antes de comenzar mis trabajos, es dedicarle a V. todo el rato que sea necesario, primero para agradecerle de todo corazón a V. y a todos, las grandísimas atenciones que conmigo han tenido, que verdaderamente las aprecio en todo su valor, y, luego, para darle a V. la impresión que V. me pide.»

«Yo le he estudiado a V. en esta última temporada con verdadero cariño y con todo detenimiento [...] El caso de V. es además muy interesante para mí por muchos respectos».

«No vea V., pues, en las observaciones que me permito hacerle al gruñón, al criticón y menos al celoso de sus prerrogativas, porque nada de esto siento y no hay cosa que más me consuele como el dar alientos y apoyar todo lo bueno con plena, absoluta y profunda generosidad.

»Y vamos por partes. Yo he dudado muchas veces al conocer sus primeros ensayos si había en V. un verdadero temperamento artístico. Sin hacer sobre ello un juicio categórico, creía más bien que le faltaba buena y sólida formación. Ahora, al ver su Suite y al observarle a V. despacio como intérprete o director, creo haber llegado al fondo de la cuestión. Por lo menos, yo le he definido a V. sobre el terreno; y en la prueba de todos los elementos que revelan la personalidad y el carácter musical, he podido apreciar los datos para no hablar de memoria y por impresiones ajenas, como hasta ahora. Todo lo que he sabido de V. por diversas apreciaciones, ya no tiene valor ninguno para mí. Hablo por mí, de lo que yo he analizado y estudiado en su persona y en su obra».

«... me tomaré la libertad de darle a V. humildemente y fraternalísimamente mis orientaciones, y si V. me concede este honor, hasta mis consejos».

«La obra de V. me define claramente y sin género de duda lo esencial y básico. Revela en V. un bello y rico temperamento. Tiene V. condiciones artísticas de primer orden. Le veo a V. capaz para el arte en un grado elevado de potencialidad. Discurre V. perfectamente, se asimila V. las obras, que escoge como modelos, con ese criterio tamizado, fino, perspicaz y seguro, propiedad del talento y de un juicio estético singular y exacto. Esto para mí es lo fundamental en el artista, porque es el camino para todas las posibilidades. Descubro además que ha dado V. un salto mortal desde la infancia hasta la madurez, según aquello de “Cum essem parvulus, sapiebam ut parvulus” etc. Ahora

su pensamiento es otro; razona V. en hombre sensato e ilustrado; sabe V. decir lo que siente e ir donde quiere».

«Vengo ahora a un terreno al que no me ha citado V. expresamente. Supongo su licencia para meterme en él, porque le creo a V. hombre de aspiraciones sanas y con ilusiones suficientes para llegar a la cumbre. Yo no sé si V. tiene en el arte amigos y consejeros, que es preciso tener siempre, aun cuando uno sea capaz de obrar plenamente por sí, pero mucho más cuando, como V. se empieza a vivir la vida de ardor superior.

«El peligro grande entre nosotros, para nosotros los artistas es aislarnos. El ambiente que nos rodea en casa es a todas luces ineficaz para dirigirnos. No puede V. hacer caso ni de las alabanzas ni de los vituperios de gente absolutamente incapacitada para juzgarle. En todo caso sacaré V. una impresión vaga, que poca o ninguna eficacia tiene [...] Hay que buscar los valores reales, que es lo que se impone y queda, y para eso no vaya V. a pedir parecer a quien de eso no entiende. En todo, pero en arte es muy difícil orientarse, y mucho más difícil destacarse sin verdaderos y sólidos apoyos».

«Estará V. prevenido de estas cosas por sus propias observaciones, pero acaso V. mismo deseará afianzarse en sus criterios y por eso es necesaria la ayuda de un experto en la materia cualquiera que sea. Nadie la hablará, desde luego, con mayor interés y cariño que yo, porque le aprecio profundamente y deseo su bien y sus éxitos por encima de los míos.

«Creo firmemente que puede V. llegar muy lejos, y por eso precisamente me decido a hablarle con toda claridad y sinceridad, como hablaría de V. a mi amigo más íntimo».

Tras interrumpir la carta por unos días, por fuerza de una colitis “que pesqué aquí en el oratorio de la casa Hurtado, donde fui a decir misa el Domingo” y haber “estado inutilizado para todo trabajo”, prosigue el día 23:

«Digo, pues, continuando, que este contacto directo con V. me ha hecho pensar seriamente en su caso, y lo que pienso se lo voy a decir con toda lealtad.

«Me pregunto yo al examinarle, cuál es ante todo su porvenir artístico, o en otras palabras, cuál es la disposición que en V. observo.

«Temperamento musical y facultades artísticas las tiene V. evidentemente y muy notables. Que de poco tiempo a esta parte ha revivido V. y se ha destacado su personalidad, está también fuera de duda.

«Estudiándole a V. en sus obras y en su dirección, que es signo muy revelador, yo me inclino a creer que esa orientación es más bien para la música, llamémosla profana, en contraposición a la religiosa. Es una manifestación espontánea de su carácter y de su temperamento. Aparece V. muy bien tal como es: con su dinamismo rápido, incisivo, florido y colorista. Si V. completa su formación orquestal, y a eso tiene V. que dedicarse, hará V. cosas muy notables. El campo es inmenso, y aunque tiene más dificultades para nosotros, cabe concentrarlo en oratorios, cantatas, poemas como la Suite etc.

«En el género religioso es donde flaquea V. más, no ya sólo en las obras, sino en la inteligencia y dirección de ellas. No quiero con esto decir que no sea V. capaz de abordar en toda su plenitud este género.

«Yo no sé si su formación en este orden es suficiente, porque ignoro lo que ha podido estudiar; pero se ve que no es profunda, tal vez por deficiencia de maestros aptos. Lo que aparece claro es que no tiene V. el sentimiento y comprensión viva de las líneas

severas. Eso puede depender de la falta de formación, pero en V. creo yo que depende en gran parte del temperamento; porque, dada su musicalidad y lo mucho que ha oído V. y dirigido en ese género, tiene V. conocimiento sobrado para llegar a donde se debe llegar. En sus obras noto enseguida una falta de orientación en ese género; falta de base polifónica y constructiva. No basta ciertamente el conocimiento. Yo supongo que Van Nuffel, por ejemplo, conoce teóricamente todo; pero no ha convertido en jugo y sangre el espíritu vocal sagrado, y de ahí sus durezas y hasta sus desorientaciones, que son para mí notables. Ese sentimiento le falta a V. al interpretar, sobre todo. El Miserere de Goicoechea tal como V. lo dio, fue para mí, dentro de toda la corrección, algo desconocido en cuanto al espíritu informador. Y cosa parecida observé en las demás cosas. Lleva V. materialmente las obras, consigue V. los efectos más inmediatos, pero sin llegar nunca a la emoción.

»Le he visto a V. mejor como compositor que como director. Si para la dirección puede V. desenvolverse con la práctica, no me cabe duda, por ahora al menos, que le falta más asimilación perfecta. Porque no sólo en el género religioso, en el mismo Brahms eché de menos esa virtud de penetración y comunicación. Su mismo gesto, revelador de su temperamento, me descubre esta deficiencia. Y el coro, apenas le manejo, me dice igualmente lo mismo. Se mantiene en la letra sin adaptación al momento psicológico.

»V. se ha preocupado tal vez exclusivamente o con preferencia singular, del arte moderno. Ha cogido V. de lleno esta época de ambiente rítmico y colorista; se ha obsesionado V., como es natural, con la idea de ser moderno, y entusiasmado con las partituras orquestales; con el efecto que en V. han producido las obras oídas o leídas, ha dirigido V. todos sus afanes por ahí, descuidando acaso el estudio de las fuentes. Podría suceder que, por falta de contacto espiritual e íntimo, incluso no llegue V. a sentir lo pasado, aunque lo estime intelectualmente. De eso tengo mucho visto y conocido en músicos modernos.

»Y noto estas cosas no para desviarle a V. de su camino, sino para hacerle llegar una impresión mía de hecho».

«Es cuestión de definirse, repito, y tal como hoy está el arte, no es posible, por lo general, multiplicarse y universalizarse. Hay que seguir un camino bien escogido. De lo contrario se disipa el espíritu y se pierde muchísimo tiempo en ensayos y tanteos. V. está en el punto y hora de esta elección. No se contente V. con ser un músico de tantos para salir airoosamente de cualquier paso. Escogido un campo, dedíquese a él de lleno.

»Yo he pensado estos días que V. debería completar su formación, no ya como he oído decir, en la Escuela Superior de Roma, que poco le ayudará a V., sino con un Maestro que le sepa entender y guiar. Si a mí se me consultara, diría que V. debe estar un año o dos al lado de Turina, que es un gran pedagogo y un gran Maestro para su temperamento de V.

»Si le llevan a V. a Roma, procure V. buscar su postura y la dirección que le conviene; porque hay mucho peligro en la desorientación. Se estropearía V. tontamente.

»No necesito decir a V. porque lo sabe V. de sobra, que una formación sólida exige trabajo personal y efectivo. Las dificultades no se vencen sino mascándolas. Se encontraría V. con ese problema tan conocido en todos los terrenos, que se llega a un punto en que no hay capacidad para remontarse, para superar. Hay que saber decir todo lo que se piensa o planea, y esto no se logra sin una técnica correspondiente».

«No quiero terminar esta larga efusión, sin decirle con toda mi buena voluntad y corazón, que me tiene V. completamente a su lado para todo lo necesario. Disponga V.

de lo que yo tengo con toda libertad. V. sabe que estoy bien pertrechado de medios de toda clase, y aunque soy un escarmentado para prestar libros y partituras, haré gustoso en su favor la excepción. V. puede tener toda la confianza posible conmigo, y si mis consejos le pueden ayudar, los tendrá inmediatamente, aunque le tenga que dedicar un rato tan largo como hoy.

»Muchísimas cosas he omitido o no he concretado, porque no es posible decirlo todo de una vez. Pero la impresión que V. me pedía la he amplificado más de la cuenta, dejándome llevar del grandísimo interés que me ha inspirado V.

»Así lo entenderá V. sin duda y verá en mis palabras y observaciones los deseos que me animan de apoyarle ampliamente en su carrera.

»Termino saludándole muy afectuosamente y encomendándole mucho en ss. ss. y oo.

» Suyo afectísimo hermano en Cristo».